La huelga general (“El sueño de Debs”)

Ilustración: Sebastián Labi

Me desperté por lo menos una hora antes que de costumbre. Esto, por sí solo, era algo extraordinario, y permanecí completamente despierto, reflexionando sobre ello. Algo pasaba, algo no iba bien, aunque no sabía qué. Me sentía agobiado por un presentimiento de que algo terrible había ocurrido o estaba a punto de ocurrir. Pero ¿de qué se trataba? Traté de orientarme. Recordé que después del Gran Terremoto de 1906 hubo mucha gente que aseguró que se había despertado instantes antes de la primera sacudida y que había experimentado en aquellos momentos un extraño sentimiento de terror. ¿Acaso iba a sufrir San Francisco un nuevo terremoto?

Permanecí un minuto completo paralizado y expectante, pero no se sentía temblar o tambalearse las paredes ni estruendo alguno de derrumbamiento de mampostería. Todo estaba tranquilo. ¡Eso era! ¡El silencio! No era extraña mi preocupación. El ruido del tráfico de la gran ciudad había desaparecido misteriosamente. Los autos que pasaban por mi calle a esa hora del día eran en promedio uno cada tres minutos; sin embargo, en los diez minutos siguientes, no pasó ni

uno solo. Quizá se trataba de una huelga de tranvías, fue mi pensamiento; o tal vez había ocurrido un accidente y se había interrumpido el suministro de energía. Pero no, el silencio era demasiado profundo. No se oía ningún chirrido o traqueteo de ruedas ni el golpear de herraduras de caballerías al ascender la cuesta adoquinada.

Apretando el botón de al lado de mi cama, traté de oír el sonido del timbre, aun sabiendo que era imposible que este ascendiese los tres pisos que nos separaban, incluso en el caso de que sonase. Funcionaba bien, ya que pocos minutos después entró Brown con la bandeja y el periódico de la mañana. Aunque su cara mostraba la impasibilidad de costumbre, observé un brillo de alarma e inquietud en sus ojos. Me di cuenta, también, que no había leche en la bandeja.

—El lechero no ha venido esta mañana –explicó– ni el panadero tampoco.

Miré de nuevo la bandeja. No había panes franceses frescos y redondos. En su lugar, únicamente unas rebanadas de pan negro del día anterior, el pan más detestable para mi gusto.

—No ha habido reparto de nada esta mañana, señor –comenzó a explicar Brown en tono de disculpa; pero lo interrumpí:

—¿Y el diario?

—Sí, señor, lo trajeron; pero es lo único, y es la última vez también. Mañana no habrá ningún diario. Lo dice el diario. ¿Quiere que mande a alguien a buscar leche condensada?

Moví la cabeza negativamente, acepté el café solo y abrí el diario. Los titulares lo explicaban todo,

demasiado incluso, porque los extremos de pesimismo a los que llegaba el diario resultaban ridículos. Una huelga general, decía, había sido convocada a lo largo y ancho de los Estados Unidos, manifestando a la vez los presagios más alarmistas en cuanto al aprovisionamiento de las grandes ciudades.

Leí rápidamente y por encima mientras recordaba muchos de los problemas laborales en el pasado. Para una generación, la huelga general había sido el sueño de las organizaciones sindicales, un sueño que originalmente había surgido de la mente de Debs[1], uno de los grandes líderes sindicales de hace treinta años. Recordé cómo en mis años de juventud había escrito un artículo sobre el tema para una revista de la Universidad y que titulé "El sueño de Debs". Pero debo aclarar que traté la idea con precaución y de manera académica, como un sueño nada más. El tiempo y el mundo habían seguido su curso. Gompers[2] y la Federación Norteamericana de los Trabajadores habían desaparecido, y lo mismo había ocurrido con Debs y todas sus salvajes ideas revolucionarias; sin embargo, el sueño había persistido, y aquí estaba al fin convertido en realidad. Pero, mientras leía, me reía del sombrío panorama del diario. Mi opinión era otra. Había visto derrotadas a las organizaciones sindicales en demasiados conflictos. El asunto se solucionaría en pocos días. Esto era una huelga nacional, y el Gobierno no tardaría mucho en acabar con ella.

[1] Ver nota 7 en página 20 [NdE].

[2] Samuel Gompers (1850-1924), nacido en Inglaterra, fue presidente de la A.F.L (American Federation of Labour - Federación norteamericana de los trabajadores), la más importante organización sindical norteamericana.

Arrojé el diario y comencé a vestirme. Sería realmente interesante pasear por las calles de San Francisco cuando toda la ciudad estaba de vacaciones forzosas y totalmente privada de actividad.

—Perdón, señor –dijo Brown, entregándome mi paquete de cigarrillos–; pero Harmmed quiere verlo antes de que usted se marche.

—Hazlo pasar ahora –respondí.

Harmmed era el mayordomo. Cuando entró me di cuenta de lo alterado que estaba, aunque trataba de dominarse. Inmediatamente fue al punto:

—¿Qué debo hacer, señor? Necesitaremos provisiones, pero los repartidores están en huelga. Y han cortado la electricidad. Deben de estar en huelga también.

—¿Están abiertos las negocios? –pregunté–.

—Solamente los pequeños, señor. Los empleados de comercio no trabajan y los grandes no pueden abrir; pero los dueños y sus familias están atendiendo personalmente en los pequeños.

—Entonces, toma el auto –respondí–, vuélvete loco y haz las compras. Compra en abundancia todo lo que necesites o puedas necesitar. Compra una caja de velas..., o mejor, compra media docena de cajas. Y cuando termines, le dices a Harrison que me lleve el auto al club, antes de las once.

Harmmed sacudió la cabeza con gesto preocupado.

—Harrison ha ido a la huelga con el Sindicato de Choferes y yo no sé conducir el auto.

—¡Vaya, vaya! Así que él también, ¿eh? Bien, cuando aparezca por aquí otra vez Harrison, dígale que se vaya a buscar trabajo a otro lugar.

—Sí, señor.

—¿No pertenecerás tú por casualidad al Sindicato de Mayordomos, eh, Harmmed?

—No, señor –fue su respuesta–. Incluso si perteneciera, yo no abandonaría a mi empleador en una situación como esta. No, señor, yo...

—Está bien, gracias –le dije–. Ahora prepárate para acompañarme. Yo mismo conduciré el auto. Vamos a proveernos de mercadería para resistir el asedio.

Era un hermoso 1º de mayo, como suelen ser aquellos días. El cielo estaba despejado, no había viento y el aire era levemente cálido, casi templado. Había muchos automóviles en la calle, pero conducidos por sus propios dueños. Las calles estaban llenas, aunque tranquilas. La clase trabajadora, vestida con su mejor ropa de domingo, había salido a tomar aire y a observar los efectos de la huelga. Todo era tan inusual y, sin embargo, tan pacífico que yo mismo me encontraba a gusto en aquel ambiente. Sentía un leve cosquilleo de emoción. Era una especie de plácida aventura. Me crucé con la señorita Chickering, que iba al volante de su pequeño descapotable. Ella dio la vuelta y vino tras de mí, alcanzándome en la esquina.

—¡Señor Cerf! –me gritó–. ¿Sabe dónde puedo encontrar velas? He estado en una docena de negocios, pero se les han terminado. Es terrible, ¿no le parece?

Sin embargo, sus ojos brillantes desmentían sus palabras. Como el resto de nosotros, se veía que estaba disfrutando enormemente. La búsqueda de las velas era toda una aventura. Hasta que no cruzamos la ciudad y nos metimos en el barrio obrero al sur de Market Street, no fuimos capaces de encontrar pequeños

negocios de comestibles que no hubieran agotado las provisiones. La señorita Chickering pensó que una caja sería suficiente, pero yo la convencí de que comprase cuatro. Mi automóvil era grande, así que cargué con una docena de cajas. Era imposible saber cuánto tiempo tardaría en solucionarse la huelga. Asimismo llené el auto de bolsas de harina, levadura, latas de conservas y de todos los artículos de uso corriente que me sugería Harmmed, quién se quejaba de las compras cacareando como una vieja gallina inquieta.

Lo más extraordinario de aquel primer día de huelga fue que nadie comprendió realmente su gravedad. Se consideró ridículo el anuncio hecho en la prensa matinal por las organizaciones sindicales, según el cual estaban dispuestos a parar un mes o tres meses. Y sin embargo, ese primer día podíamos haber sospechado a partir del hecho de que la clase trabajadora prácticamente no participó en la gran carrera para comprar provisiones. ¡Claro que no! Durante semanas y meses, con disimulo y en secreto, toda la clase obrera había estado almacenando sus provisiones privadas. Esta era la razón por la que se nos permitía comprar hasta agotar las provisiones de los pequeños negocios de sus barrios obreros.

Hasta mi llegada al club aquella tarde no comencé a experimentar los primeros síntomas de alarma. Reinaba una gran confusión; no había aceitunas para los aperitivos y el servicio era sumamente deficiente. Los socios en su mayoría estaban furiosos, y todos estaban preocupados. Una multitud de voces me saludó cuando entré. En el salón de fumadores, el General Folsom balanceaba su gran panza en el asiento junto a la ventana,

mientras se defendía de media docena de alterados caballeros que le pedían que hiciese algo.

—¿Qué puedo hacer yo más de lo que he hecho? –decía–. No hay órdenes de Washington. Si son ustedes capaces de conseguirme comunicación, yo estoy dispuesto a hacer lo que se me mande. Pero no veo qué se puede hacer. Lo primero que he hecho esta mañana al enterarme de la huelga ha sido llamar a las tropas del Presidio: tres mil soldados. Están vigilando los bancos, la casa de la moneda, correos y todos los edificios públicos. No se ha registrado ningún desorden. Los huelguistas guardan una actitud absolutamente pacífica. ¡No pretenderán que mande disparar contra ellos mientras pasean por las calles con sus esposas e hijos todos vestidos con sus ropas de domingo!

—Me gustaría saber qué está pasando en Wall Street –le oí decir a Jimmy Wombold, al pasar junto a él. Podía imaginarme perfectamente su preocupación porque sabía que estaba metido hasta el cuello en la gran transacción del Consorcio Occidental.

—¡Oye, Cerf! –dijo Atkinson, abordándome precipitadamente–. ¿Funciona tu auto?

—Sí –le respondí–, ¿pero qué le pasa al tuyo?

—Está roto, y todos los talleres mecánicos están cerrados. Y mi esposa se ha quedado varada al otro lado de la bahía, creo que en algún lugar cerca de Truckee. No he podido comunicarme con ella por más que lo he intentado. Debería haber llegado esta tarde. Puede que esté muriéndose de hambre. Préstame tu auto.

—No podrás atravesar la bahía –intervino Halsted–. Los barcos no funcionan. Pero te diré lo que puedes hacer. Allí está Rollinson..., ¡eh, Rollinson, ven acá un

momento! Atkinson quiere pasar con un auto al otro lado de la bahía. Su mujer está atascada en Truckee. ¿No podrías traer *La Lurlette* desde Tiburón para transportarle el auto al otro lado? *La Lurlette* era un yate de recreo oceánico, de doscientas toneladas.

Rollinson sacudió negativamente la cabeza:

—No podría conseguir ningún estibador para subir el auto a bordo, aún en el caso de que lograse traer *La Lurlette* a este lado, cosa que ni siquiera puedo, porque la tripulación pertenece al Sindicato Litoral Marinero y están en huelga como los demás.

—Pero mi esposa debe estar muriéndose de hambre –pude oír lamentarse a Atkinson mientras yo continuaba mi camino.

Al otro extremo del salón de fumadores me tropecé con un grupo de socios que con entusiasmo y rabia se agrupaba en torno a Bertie Messener. Y Bertie los estaba agitando y pinchándolos con su cínico y atractivo estilo. A Bertie no le preocupaba la huelga; a él, en realidad, nada le preocupaba demasiado. Todo le daba igual..., al menos todas las cosas agradables de la vida; porque las desagradables no lo atraían. Su fortuna se valoraba en veinte millones, toda en inversiones seguras, y jamás en su vida había hecho nada de productivo, porque todo lo había heredado de su padre y sus dos tíos. Había estado en todos lados, había visto todo lo que había que ver y había hecho todo excepto casarse, y esto último a pesar de los resueltos y severos ataques de cientos de ambiciosas "mamás". Durante años había sido la pieza más codiciada, pero hasta ahora había evitado ser capturado. Era un partido escandalosamente deseable. Además de su fortuna, era joven y guapo, y,

como dije antes, decente. Era un gran atleta, un joven dios rubio, capaz de realizar cualquier cosa a la perfección, salvo el matrimonio. Y no le importaba nada. Carecía de ambiciones, pasiones o deseos de llevar a cabo incluso lo que él podía hacer mejor que nadie.

—¡Esto es una sedición! –gritaba un hombre del grupo.

Otro lo calificaba de rebelión y revolución, mientras un tercero lo llamaba anarquía. —Pues yo no lo veo –dijo Bertie–. He andado toda la mañana por la calle. Reina un orden perfecto. Jamás he visto un pueblo más respetuoso de la ley. De nada sirve insultarla. No es ninguna cosa de lo que dices. Es simplemente lo que pretende ser: una huelga general. Y ahora, señores, les toca jugar a ustedes.

—¡Y vaya si jugaremos! –exclamó Garfield, uno de los millonarios de la industria de tractores–. ¡Vamos a enseñar a esas sucias bestias el lugar que les corresponde! Espera a que el Gobierno se haga cargo de la situación.

—¿Pero dónde está el gobierno? –interrumpió Bertie–. Podría también estar en el fondo del mar, por lo que a ustedes les importa. No saben lo que está ocurriendo en Washington. No saben siquiera si existe gobierno o no.

—¡No te preocupes por eso! –dejó escapar Garfield.

—Te aseguro que no estoy preocupado –respondió Bertie mientras sonrió con languidez–. Pero me temo que ustedes sí lo están. Mírate en el espejo, Garfield.

Garfield no obedeció; pero, de haberlo hecho, hubiera podido contemplar a un caballero sumamente alterado, arrugado, con el cabello gris revuelto, la cara

encendida, la boca hosca y rencorosa y en los ojos un brillo salvaje.

—Les digo que no hay derecho –dijo el pequeño Hanover; y a juzgar por el tono, pensé que lo habría repetido ya varias veces.

—Bueno, Hanover, ya está bien –replicó Bertie–. Muchachos, me cansan. Todos están por la libre empresa. Me tienen rotos los tímpanos con su parloteo constante sobre la libertad comercial y el derecho al trabajo. Llevan años arengando lo mismo. Los obreros no están haciendo nada malo al declarar esta huelga general. No infringen ninguna ley divina ni humana. Tú no hables, Hanover. Llevas ya mucho tiempo predicando el derecho divino a trabajar... o a no trabajar, según. Así que no puedes escapar de las consecuencias. Todo esto no es más que una pequeña pelea sucia y sórdida. Siempre que han tenido a los obreros debajo, los han oprimido; y ahora que ellos los tienen a ustedes y los aprietan, están chillando.

Todo el grupo estalló en indignadas protestas planteando que nunca los obreros habían sido oprimidos.

—¡No, señor! –gritaba Garfield–. Hemos hecho lo mejor por los trabajadores. Lejos de oprimirlos, les hemos dado la oportunidad de vivir. Les hemos dado trabajo. ¿Dónde estarían si no fuera por nosotros?

—Enteramente mucho mejor –replicó Bertie, burlón–. Los han humillado y oprimido cada vez que han tenido ocasión, y hasta se han molestado en crear ocasiones para ello.

—¡No, no! –respondieron a voces.

—Aquí mismo, en San Francisco, ocurrió la huelga de camioneros –continuó Bertie, imperturbable–.

La Asociación Patronal fue la que precipitó aquella huelga. Lo saben perfectamente. Y saben que lo sé yo también, porque aquí mismo he oído conversaciones e informaciones confidenciales sobre el conflicto. Primero provocaron la huelga y luego compraron al alcalde y al jefe de policía para que acabasen con ella. Un bonito espectáculo, ustedes tan filántropos, humillando a los camioneros y pisoteándolos. ¡Un momento! Aún no he terminado. El año pasado sin ir más lejos, el candidato del Partido Obrero de Colorado fue elegido gobernador y nunca llegó a asumir. Ustedes saben bien por qué. La manera como lo resolvieron sus hermanos filántropos y capitalistas de Colorado. Fue un caso más de aplastar a los trabajadores y oprimirlos. Al presidente de la Unión de Asociaciones Mineras del Sudoeste lo tuvieron tres años en la cárcel valiéndose de falsas acusaciones de asesinato, y una vez que lo corrieron del medio, aprovecharon para deshacer la Unión. Reconocerán que eso se llama oprimir al obrero. La tercera vez que se declaró inconstitucional el impuesto a la renta fue un acto de opresión. Y lo mismo el proyecto de ley de ocho horas que rechazaron en la última sesión del Congreso.

Pero de todos los continuos actos de opresión inmoral, el de la destrucción del principio de acuerdo patronal-sindicato, por medio del cual los empresarios debían tomar solo obreros sindicalizados, fue el colmo. Saben perfectamente cómo se hizo. Compraron a Farburg, el último presidente de la Federación Norteamericana de los Trabajadores. Era su empleado..., o el empleado de los monopolios y patronales, que es lo mismo. Provocaron la huelga contra el gran acuerdo

patronal-sindicato. Farburg traicionó esa huelga y ganaron, con lo cual la vieja Federación Norteamericana de los Trabajadores se desmoronó. Ustedes la destruyeron, muchachos; pero, al hacerlo, provocaron su propia ruina, porque sobre sus escombros se construyó la I.L.W.[3], la organización obrera más grande y sólida que jamás se haya visto en los Estados Unidos. Y ustedes son los responsables de su existencia y de esta huelga general de ahora. Destrozaron las viejas federaciones y empujaron a los obreros a la I.L.W., y ahora esta ha convocado la huelga general, tratando todavía de obtener el acuerdo patronal-sindicato. Y aún tienen el cinismo de decirme cara a cara que nunca han humillado ni oprimido al obrero. ¡Vamos!

Esta vez no hubo protestas. Garfield en su defensa:

—No hemos hecho nada que no nos viésemos obligados a hacer, si queríamos ganar. —Respecto a eso, yo no digo nada –respondió Bertie–. Lo que me molesta es que se estén quejando ahora porque los hayan hecho tomar de su propia medicina. ¿Cuántas huelgas han ganado quebrándolas por hambre? Bien, los trabajadores han ideado un plan para quebrarlos a ustedes de hambre. Quieren el acuerdo, y si lo pueden obtener haciéndolos pasar hambre, los dejarán sin comida.

—Pero tú también te has aprovechado de esos actos de opresión de los que hablas –insinuó Brentwood, uno de los abogados más astutos de nuestra compañía–. La víctima es tan mala como el ladrón –comentó, burlón–. No participaste en la opresión, pero bien que te aprovechaste de ella.

[3] Las siglas significan Industrial Labour of the World (Trabajadores industriales del mundo).

—La cuestión no es esa, Brentwood –respondió Bertie–. Cometes el mismo error que Hanover al introducir el elemento moral. Yo no he dicho que se trate de algo bueno o malo. Lo que digo es que es un juego lamentable, y mi única objeción es que se pongan a chillar ahora que están debajo y los están pisando. Por supuesto que he sacado provecho de la opresión, y, gracias a ustedes, sin tener siquiera que ensuciarme las manos. Ustedes lo han hecho por mí... Pueden creerme, no porque yo sea más virtuoso que ustedes, sino porque mi buen padre y sus hermanos me dejaron un montón de dinero con el que pagar el trabajo sucio.

—Si pretenden insinuar... –comenzó a decir Brentwood vivamente.

—Un momento, no ofendas –le interrumpió Bertie con insolencia–. De nada sirve hacerse el hipócrita en esta cueva de ladrones. Las palabras grandilocuentes están bien para los diarios, las asociaciones juveniles y las catequesis, eso forma parte del juego. Pero, por el amor de Dios, que aquí nos conocemos todos. Tú sabes tan bien como yo los chanchullos que se hicieron en la huelga de la construcción el otoño pasado, quién puso el dinero, quién hizo el trabajo y quién se aprovechó de ello –Brentwood enrojeció de ira–. Pero aquí estamos todos metidos en la misma mierda, y lo mejor que podemos hacer es dejarnos de moralismos. Insisto: hay que jugar el juego, jugarlo hasta el final; pero, por favor, no lloren cuando les toque perder.

Cuando abandoné el grupo, Bertie había comenzado un nuevo argumento, atormentándolos ahora con los aspectos más serios de la situación, señalando la escasez de suministros que estaba empezando a hacerse

sentir y preguntándoles qué pensaban hacer. Poco más tarde me lo encontré en el vestíbulo y lo llevé a su casa en mi auto.

—Ha sido un buen golpe esta huelga general –dijo mientras andábamos entre el pacífico gentío que llenaba las calles–. Ha sido un golpe maestro. Los obreros nos han pegado en el lugar más débil: el estómago. Me voy a ir de San Francisco, Cerf. Sigue mi consejo y vete también. Al campo, a cualquier lugar. Allá habrá más chances. Compra buenas provisiones de víveres y refúgiate en una cabaña, o una carpa. En esta ciudad la gente como nosotros pronto pasará hambre.

Nunca me imaginé cuánta razón tenía Bertie Messener. Para mis adentros pensé que era un alarmista. Por mi parte, estaba dispuesto a quedarme a ver la fiesta. Después de dejarlo, en lugar de ir directamente a casa fui en busca de más alimentos. Con gran sorpresa me enteré que los pequeños negocios donde había comprado por la mañana habían agotado su mercadería. Extendí mi búsqueda hasta el barrio Potrero, y allí tuve la suerte de encontrar otra caja de velas, dos bolsas de harina de trigo, cinco kilos de harina sin preparar (para la servidumbre); una caja de latas de maíz y dos de tomates enlatados. Parecía que íbamos a atravesar una temporada de escasez de víveres, y me felicité por la importante provisión que había conseguido.

A la mañana siguiente tomé el café en la cama como de costumbre, y, más que la leche, extrañé el diario. Era la falta de información sobre lo que estaba ocurriendo en el mundo lo que más duro me resultaba. En el club había pocas noticias. Rider había logrado cruzar en su embarcación desde Oakland, y Halstead había llegado hasta San José y regresado en su automóvil.

Fueron ellos los que informaron que en aquellos lugares las condiciones eran las mismas que en San Francisco. Todo estaba paralizado por la huelga. Las clases acomodadas habían agotado las provisiones en los negocios de alimentos. Y reinaba un orden perfecto. ¿Pero qué estaba sucediendo en el resto del país? ¿En Chicago? ¿Nueva York? ¿Washington? Lo más probable era que ocurriese lo mismo que aquí: esa era nuestra conclusión; pero el hecho de no saberlo con absoluta certeza resultaba irritante.

El General Folsom tenía algunas noticias. Se había intentado utilizar telegrafistas del ejército en las oficinas del telégrafo, pero habían cortado los cables en todas las direcciones. Aquel era, hasta la fecha, el único acto ilegal cometido por los trabajadores, y el General estaba completamente convencido que se trataba de una acción acordada de antemano. Se había puesto en contacto por radio con el cuartel de Benicia, ya que los soldados patrullaban allí a lo largo de las líneas telegráficas hasta Sacramento. En una ocasión, por un instante, recibieron una llamada de Sacramento, pero los cables, en algún lugar, habían sido cortados de nuevo.

El General pensaba que se estaban llevando a cabo a través de todo el continente, intentos similares de establecer las comunicaciones por parte de las autoridades, pero se mostró evasivo en cuanto a la posibilidad de que el intento tuviera éxito. Lo que le preocupaba era el corte de los cables, porque ello le hacía pensar que se trataba de una parte importante de la profunda conspiración obrera. Asimismo, lamentaba que el gobierno no hubiera establecido hacía tiempo la proyectada red de estaciones de radio.

Pasaron los días y por algún tiempo reinó la rutina. No ocurría nada. La llama de la emoción parecía haberse apagado. Las calles ya no estaban tan animadas. La clase trabajadora había dejado de ir al centro de la ciudad para ver cómo nos tomábamos la huelga. Y tampoco circulaban tantos automóviles. Los talleres de mecánicos y los garajes estaban cerrados, de manera que, cuando se rompía un auto, quedaba completamente inutilizado. El embrague del mío se estropeó y no pude conseguir que me lo arreglaran por ningún lado. Como el resto, ahora tenía que caminar. San Francisco estaba muerta, e ignorábamos lo que estaba sucediendo en el resto del país. No obstante, a partir del hecho mismo de no saber, podíamos concluir que todo estaba tan muerto como aquí. De vez en cuando, la ciudad aparecía llena de carteles con las consignas de las organizaciones obreras, impresos meses antes, que evidenciaban la meticulosidad con que la I. L. W. había preparado la huelga. Todos los detalles habían sido previstos de antemano. Todavía no se había llegado a la violencia, con la excepción de los disparos efectuados por los soldados contra unos pocos que cortaban cables; pero la gente de los barrios bajos estaban pasando hambre, y su situación presagiaba turbulencias.

Los hombres de negocios, los millonarios y los profesionales convocaban asambleas y presentaban propuestas, pero no había manera de hacerlas públicas. Ni siquiera podían imprimirlas. Sin embargo, en una de esas asambleas, el General Folsom fue persuadido para que el Ejército ocupase todos los almacenes y depósitos de harina, cereales y víveres. Era una medida que se había hecho esperar, ya que el sufrimiento

estaba siendo agudo en las casas de los ricos, y las colas para conseguir pan se hacían necesarias. Sé que mis sirvientes comenzaban a esbozar caras largas, y eran sorprendentes los estragos que hacían en mis reservas de alimentos. De hecho, como deduje posteriormente, cada uno de los sirvientes se dedicaba a robarme para acumular en secreto su propio acopio de provisiones.

Pero a la aparición de las colas del pan surgieron nuevos problemas. La reserva de alimentos en San Francisco era limitada y, en el mejor de los casos, no podía durar mucho. Sabíamos que las organizaciones obreras tenían sus propios suministros; sin embargo, todos los obreros se pusieron a hacer las colas. De este modo, las provisiones de las que el General Folsom había tomado posesión disminuyeron con peligrosa rapidez. ¿Cómo iban a distinguir los soldados entre un modesto individuo de la clase media, un miembro de la I. L. W. o alguien de los barrios bajos? Tanto los primeros como los últimos tenían que ser alimentados; pero los soldados no conocían a todos los hombres del sindicato, y mucho menos a las esposas, hijos e hijas de éstos. Con la colaboración de los patrones, algunos obreros sindicalizados fueron arrojados de las colas; pero eso y nada era lo mismo. Para empeorar las cosas, las lanchas gubernamentales, que habían estado trayendo alimentos desde los depósitos del Ejército en la isla Mare hasta la isla del Ángel, se encontraron con que ya no quedaba nada para transportar. Desde entonces, los soldados recibieron sus raciones de las provisiones confiscadas, y eran ellos quienes las recibían en primer lugar.

El principio del fin estaba ya a la vista. La violencia comenzaba a mostrar su terrible cara. La ley y el orden

empezaban a desaparecer; y desaparecían precisamente entre los más pobres y las clases altas. Los obreros organizados continuaban guardando un orden perfecto. Se lo podían permitir porque tenían comida en abundancia. Recuerdo la tarde en que sorprendí a Halsted y a Brentwood cuchicheando en un rincón del club. Aceptaron mi participación en la aventura. El auto de Brentwood todavía funcionaba, y tenían intención de ir a robar ganado. Halsted tenía una gran cuchilla de carnicero y un machete. Salimos a las afueras de la ciudad. Acá y allá se veían vacas pastando, pero siempre resguardadas por sus dueños. Continuamos nuestra búsqueda, bordeando la ciudad hacia el este, y en las montañas cercanas a la Punta del Cazador nos encontramos con una vaca vigilada por una niña. Junto a la vaca había también un pequeño ternero. No perdimos el tiempo. La niña se escapó corriendo mientras nosotros matábamos a la vaca. Omito los detalles porque no son muy agradables. No estábamos acostumbrados a ese trabajo y lo hicimos como pudimos.

Pero cuando estábamos en la mitad, con el apuro del miedo, oímos gritos y vimos venir corriendo hacia nosotros un grupo de hombres. Abandonando el botín, seguimos nuestra ruta. Con gran sorpresa, no nos persiguieron; pero al mirar hacia atrás vimos cómo los hombres despedazaban al animal. Su objetivo era el mismo que el nuestro. Decidimos que había bastante para todos y volvimos corriendo. La escena que siguió fue indescriptible. En el reparto, disputamos y peleamos como salvajes. Recuerdo que Brentwood se comportó como una perfecta bestia, rugiendo, mostrando los dientes y amenazando con matar a alguien si no nos llevábamos nuestra parte.

Y cuando estábamos a punto de conseguirla, una nueva irrupción tuvo lugar en la escena. Esta vez se trataba del temido servicio de orden de la I.L.W. La niña los había traído. Iban armados de látigos y garrotes, y eran una veintena. Ella daba saltos de furia, y con lágrimas rodándole por las mejillas, gritaba:

—¡Denles una paliza! ¡Denles una paliza! ¡Ese de los anteojos, ese fue! ¡Pártanle la cara! ¡Pártanle la cara!

El de los anteojos era yo, y me partieron la cara, por cierto, aunque tuve la suficiente serenidad para quitarme antes los lentes. ¡Carajo! La verdad es que nos dieron una paliza mientras huíamos en desbandada. Brenwood, Halsted y yo corrimos en dirección al auto. Brenwood sangraba por la nariz, en tanto que Halsted tenía en su mejilla una cortadura escarlata provocada por un tremendo latigazo.

Terminada la persecución y cuando habíamos alcanzado ya el auto, nos encontramos con el ternero asustado escondido detrás de él. Brentwood nos pidió que vigilásemos con cuidado y, como un lobo o un tigre, se acercó sigilosamente al animal. Habíamos perdido el cuchillo y el machete, pero a Brentwood le quedaban aún las manos, y rodó varias veces por el suelo abrazado al pobre ternerito mientras lo estrangulaba. Lo arrojamos muerto dentro del auto, lo cubrimos con un abrigo e iniciamos el regreso. Pero nuestras desgracias no habían hecho más que empezar. Se nos reventó una goma. No había manera de repararla y la noche se nos venía encima. Abandonamos el vehículo. Brentwood caminaba por delante jadeando y tambaleándose, con el ternero cargado en los hombros, cubierto con

el abrigo. Nos turnábamos para llevar al animal, lo que casi nos mata. Luego nos perdimos. Y, finalmente, después de andar sin rumbo, agotados, nos tropezamos con una pandilla de matones. No eran de la I.L.W., y supongo que estaban tan hambrientos como nosotros. De todos modos, ellos se llevaron el ternero y nosotros nos quedamos con la paliza. El resto del camino, Brentwood vino rabiando como un loco furioso, cosa que además parecía, por sus ropas destrozadas, su nariz hinchada y los ojos amoratados.

Después de aquello se acabaron los robos de ganado. El General Folsom mandó confiscar todo el ganado a sus soldados, y éstos, ayudados por la milicia nacional, se comieron la mayor parte de la carne. Pero la culpa no era del General. Su deber era mantener la ley y el orden, y como los mantenía por medio de los soldados, estaba obligado a alimentarlos a ellos en primer lugar.

Fue por entonces cuando se produjo el gran pánico. La clase alta emprendió la huida; luego, los habitantes de los barrios bajos se contagiaron y huyeron alocados de la ciudad. El General Folsom estaba satisfecho. Se calculaba que por lo menos doscientas mil almas habían abandonado San Francisco, y en esta misma proporción se había resuelto el problema de alimentarlos. Aún recuerdo aquel día. Por la mañana había comido un pedazo de pan. Me había pasado media tarde de pie en la cola del pan, y había regresado a casa de noche, cansado y abatido, llevando poco más de un kilo de arroz y unas pocas fetas de jamón. Brown me recibió en la puerta con gesto cansado y asustado. Me informó que todos los sirvientes habían huido. Solo él se

había quedado. Me sentí conmovido por su fidelidad, y cuando me enteré de que no había comido nada en todo el día, compartí con él mis provisiones. Nos comimos la mitad del arroz y la mitad del jamón, dividiéndolo en partes iguales y reservando la otra mitad para el día siguiente. Me fui a la cama con hambre y no pude conciliar el sueño en toda la noche. Por la mañana descubrí que Brown me había abandonado y, para mayor desgracia, me había robado lo que quedaba del arroz y del jamón.

El puñado de socios que se reunió aquella mañana en el club presentaba un aspecto derrotado. No quedaba rastro de la servidumbre. Todos los empleados habían desaparecido. Pude observar asimismo que la platería había desaparecido también, y me enteré del cómo y el dónde. No lo habían tomado los sirvientes, por la sencilla razón, supongo, de que los propios socios del club se habían anticipado. La manera de utilizarla era simple. Al sur de la calle del Mercado, en las viviendas de los I.L.W., las amas de casa habían suministrado abundantes comidas a cambio de ella. Volví a casa. Efectivamente, toda la plata labrada había desaparecido excepto un pesado jarrón. Lo envolví y me dirigí con él al sur del Mercado.

Después de la comida me sentí mejor y regresé al club para enterarme si había habido algún cambio. Hanover, Collins y Dakon se marchaban en aquel momento. No quedaba nadie dentro, me dijeron, y me invitaron a unirme a ellos. Se proponían abandonar la ciudad utilizando los caballos de Dakon, y había uno para mí. Dakon poseía cuatro hermosos caballos de carrera que quería salvar, porque el General Folsom le había confiado que a la mañana siguiente serían

confiscados todos los caballos que quedaban en la ciudad para servir de alimento. No quedaban ya muchos porque habían soltado a miles y miles de ellos por el campo, cuando el heno y la cebada se acabaron en los primeros días. Recuerdo que Birdall, que tenía un negocio de transportes, soltó trescientos caballos de carrera. A un promedio de quinientos dólares cada uno, la cifra había alcanzado los 150.000 dólares. Al principio mantuvo la esperanza de recobrar la mayoría cuando acabase la huelga, pero al final no recuperó ni uno. La gente que huyó de San Francisco se los comieron a todos. En ese sentido, los caballos y mulas del Ejército ya habían empezado a ser sacrificados para servir de alimento.

Por suerte para Dakon, él tenía almacenado en su establo heno y cebada en abundancia. Conseguimos cuatro sillas de montar y encontramos a los animales en excelentes condiciones, aunque no habituados a la montura. Mientras cabalgábamos por la calles me acordé del San Francisco de la época del Gran Terremoto; pero el aspecto de este San Francisco era mucho más lamentable. Esto no había sido causado por ningún cataclismo natural, sino por la tiranía de los sindicatos. Bajamos por Union Square y pasamos por la zona de teatros, hoteles y negocios. Las calles estaban desiertas. Aquí y allá se veían automóviles abandonados en el mismo lugar donde se habían roto o donde se les había acabado la nafta. No se observaban señales de vida, salvo por algún policía o grupos de soldados que vigilaban los bancos y edificios públicos. En una ocasión nos encontramos con un obrero de la I.L.W. pegando el último cartel, y nos detuvimos a leerlo.

Decía así: "Hemos mantenido una huelga ejemplar y mantendremos el orden hasta el final. El final llegará cuando se satisfagan nuestras reivindicaciones, y nuestras reivindicaciones serán satisfechas cuando hayamos vencido por hambre a nuestros patrones, del mismo modo que nos han hecho rendir a nosotros muchas veces en el pasado".

—Las mismas palabras de Messener –dijo Collins–. Yo, por mí, estoy dispuesto a rendirme con tal que me den la oportunidad. Hace un siglo que no como una comida decente. Me pregunto cómo sabrá la carne de caballo. Nos detuvimos a leer otro cartel: "Cuando creamos que los patrones estén dispuestos a rendirse, abriremos los telégrafos y pondremos en comunicación a las asociaciones patronales del país. Pero únicamente se les permitirá enviar mensajes relativos a las condiciones de paz".

Continuando nuestro camino, atravesamos la calle del Mercado y poco más tarde cruzábamos los barrios obreros. Aquí las calles no estaban desiertas. Apoyados en las puertas o en grupos estaban los obreros de la I. L. W. Niños bien alimentados y contentos se entretenían con sus juegos, mientras robustas amas de casa chismoseaban sentadas en las puertas. Todos sin excepción nos miraban burlonamente. Algunos niños, corriendo tras nuestros caballos, gritaban: —¡Eh, amigo!, ¿no tiene hambre? Y una mujer que estaba dando de amamantar a un bebé gritó a Dakon: —Oiga, gordito, le doy una comida estupenda a cambio de su caballo: jamón, papas, gelatina de frambuesas, mantequilla en lata y dos tazas de café.

—¿Te has dado cuenta –me comentó Hanover– de que en los últimos días no se ve ni un perro perdido por las calles?

Me había dado cuenta vagamente, pero sin reparar en ello. Ya iba siendo hora de abandonar la infortunada ciudad. Finalmente, logramos alcanzar la ruta de San Bruno, por la cual nos dirigimos hacia el sur. Nuestra meta era mi casa de campo, cerca de Menlo. Pero en seguida empezamos a descubrir que el campo estaba peor y era mucho más peligroso que la ciudad. En esta, los soldados y la I.L.W. guardaban el orden; en el campo, en cambio, reinaba la anarquía. Doscientas mil personas habían huido de San Francisco, y ante los ojos teníamos incontables pruebas de que su huida había tenido el efecto de una plaga de langostas.

Todo lo habían barrido a su paso. Había habido robo y lucha. Aquí y allá se veían cadáveres al borde de la ruta y las ruinas ennegrecidas de las granjas incendiadas. Las vallas habían sido derribadas y las cosechas pisoteadas por la multitud. Las hordas hambrientas habían arrancado todas las parcelas de hortalizas. Todos los pollos y animales de las granjas habían sido sacrificados. Y lo mismo se podía decir de todas las rutas principales que partían de San Francisco. En algunos sitios distantes de la ruta, los granjeros se habían defendido con escopetas y revólveres, y aún se mantenían vigilantes. Nos advirtieron que no nos acercásemos y se negaron a hablar con nosotros. Todos los actos de destrucción y violencia habían sido cometidos por los habitantes de los barrios bajos y por las clases altas. Los miembros de la I.L.W., con abundancia de víveres, estaban tranquilamente en sus casas de la ciudad.

Aquella mañana tuvimos pruebas concretas de la desesperada situación. A nuestra derecha oímos gritos y disparos de rifle. Algunas balas nos pasaron silbando

peligrosamente cerca. Se oyó un ruido entre la maleza; a continuación, un magnífico caballo negro de carrera atravesó la ruta delante de nosotros y desapareció. Apenas nos dio tiempo de observar que estaba rengo y ensangrentado. Tres soldados iban por él, y la persecución continuó entre los árboles de la izquierda. Podíamos oír a los tres soldados llamándose unos a otros. Un cuarto soldado surgió rengueando por la derecha de la ruta, se sentó en una piedra y se enjugó el sudor de la cara.

El hombre nos dirigió una sonrisa y nos pidió fuego. Al preguntarle Dakon qué pasaba, nos informó que los de la milicia estaban desertando.

—Se acabó la comida –nos explicó–. Se la están dando toda a los regulares.

Por él nos enteramos también que los prisioneros de guerra de la isla de Alcatraz habían sido puestos en libertad porque ya no se podía alimentarlos.

Nunca olvidaré el espectáculo que vimos a continuación. Nos tropezamos con éste abruptamente, tras una curva de la ruta. Los árboles formaban una bóveda por encima y el sol se filtraba entre sus ramas. Las mariposas revoloteaban alrededor y de los campos llegaba el canto de las alondras. Allí en medio había un potente automóvil. Y tanto dentro como a su alrededor yacían varios cadáveres. La explicación era evidente. En su huida de la ciudad, los ocupantes habían sido atacados y saqueados por una banda de criminales de los barrios bajos. El hecho había ocurrido no hacía ni veinticuatro horas. Latas de carne y de frutas recién abiertas explicaban la razón del ataque. Dakon examinó los cuerpos.

—Me lo imaginaba –nos informó–. Conozco el coche. Era Perriton... toda la familia. Tendremos que andar con cuidado en adelante.

—Pero nosotros no tenemos comida que los incite a atacarnos –objeté yo.

Dakon señaló mi montura y comprendí. Por la mañana, el caballo de Dakon había perdido una herradura. La delicada pata se había abierto y, al mediodía, el animal rengueaba. Dakon no quería seguir cabalgando ni tampoco abandonarlo. Así pues, a petición suya, nosotros continuamos. Él llevaría el caballo y se reuniría con nosotros en mi casa. Fue la última vez que lo vimos, y nunca supimos su fin.

A la una llegamos al pueblo de Menlo, o más bien a lo que había sido su lugar, ya que estaba en ruinas. Los cadáveres yacían por doquier. La zona comercial, así como la residencial habían sido totalmente arrasadas por el fuego. Aquí y allá alguna residencia resistía todavía, pero no había manera de acercarse a ellas. Cuando nos aproximábamos demasiado, disparaban contra nosotros. Encontramos a una mujer hurgando entre las ruinas humeantes de su cabaña. Primero habían asaltado los almacenes, nos contó; y mientras hablaba, podíamos imaginarnos a aquella hambrienta turba, salvaje y enloquecida, arrojarse sobre el puñado de habitantes del pueblo. Ricos y pobres habían luchado codo con codo por la comida, y luego unos contra otros cuando la habían conseguido. Nos enteramos que el pueblo de Palo Alto y la Universidad de Stanford habían sido saqueados de modo similar. Ante nosotros se extendía una desolada tierra devastada, y creímos prudente tomar un desvío hacia mi casa. Esta se hallaba a

5 kilómetros al oeste, agazapada entre las primeras lomas al pie de las montañas.

Pero mientras avanzábamos vimos que la devastación no se limitaba a las principales rutas. La vanguardia de la huida había seguido las rutas, saqueando a su paso los pequeños pueblos, mientras que los que venían detrás se habían dispersado y habían barrido todo el campo como una gigantesca escoba. Mi casa estaba construida con hormigón, mampostería y tejas y por ello se había salvado del fuego, aunque el interior estaba completamente destruido. Encontramos el cadáver del jardinero en el molino de viento, rodeado de cartuchos vacíos de escopeta. Se había defendido con bravura. Pero no vimos rastro alguno de los dos albañiles italianos ni del ama de llaves y su marido. No quedaba bicho viviente. Terneros, potros, aves de corral y los pura sangre, todo había desaparecido. La cocina y la chimenea donde la multitud había cocinado eran una ruina, en tanto que los abundantes restos de hogueras en la parte de afuera atestiguaban la gran cantidad de gente que había comido y pasado allí la noche. Y los que no habían consumido se lo habían llevado consigo. No quedaba ni un solo bocado para nosotros.

Pasamos el resto de la noche esperando en vano a Dakon, y por la mañana ahuyentamos con nuestros revólveres a media docena de merodeadores. Luego sacrificamos uno de los caballos, guardando para el futuro la carne sobrante. Por la tarde, Collins salió a dar un paseo y no regresó. Esto fue demasiado para Hanover. Estaba decidido a huir inmediatamente, y a duras penas pude convencerlo de que esperase hasta el amanecer. Por mi parte, convencido de que el fin de la huelga

estaba cerca, resolví regresar a San Francisco. Así, a la mañana siguiente nos separamos, y mientras Hanover se dirigía al sur con veintitrés kilos de carne atadas sobre su montura, yo, con una carga similar, me dirigí hacia el norte. El pequeño Hanover logró salir indemne, y hasta el fin de sus días sé que continuará aburriendo a todo el mundo con el relato de sus peripecias.

En cuanto a mí, volviendo a la ruta principal, logré llegar hasta Belmont, donde tres milicianos me robaron la carne que llevaba. La situación no había cambiado, me dijeron, sino que iba de mal en peor. Los de la I. L. W. tenían escondidas provisiones suficientes para resistir meses todavía. Cuando conseguí alcanzar a Baden, un grupo de doce hombres me despojaron del caballo. Dos de ellos eran policías de San Francisco y los demás soldados regulares. Esto era mala señal. La situación debía ser extrema para que los regulares empezasen a desertar. No había hecho más que reanudar mi camino a pie cuando ya tenían ellos una hoguera encendida y el último de los caballos de Dakon se encontraba muerto en el suelo.

Quiso el destino que me torciese un tobillo y solo llegara a alcanzar la zona sur de San Francisco. Allí pasé la noche, en un cobertizo, tiritando de frío y ardiendo de fiebre al mismo tiempo. Dos días pasé tendido en aquel lugar, demasiado enfermo para moverme, y al tercero, mareado y tambaleante, valiéndome de una muleta improvisada, me dirigí con paso vacilante hacia San Francisco. Estaba débil también, porque llevaba ya tres días sin probar bocado. Fue un día de tormento y pesadilla. Como en un sueño, me crucé con cientos de soldados regulares que marchaban sin

rumbo en dirección contraria, y muchos policías con sus familias, organizados en caravanas para protegerse mutuamente.

Al entrar en la ciudad recordé la casa del obrero en la que había cambiado el jarrón de plata, y en aquella dirección me guió el hambre. Estaba oscureciendo cuando llegué al lugar. Di la vuelta por el callejón y al subir a gatas los escalones de la puerta de atrás me desplomé. Con la ayuda de la muleta logré golpear la puerta. Luego debí desvanecerme, porque volví en mí en la cocina. Tenía la cara mojada de agua y un trago de whisky corría por mi garganta. Me atraganté y balbuceé tratando de hablar. Comencé a decir algo acerca de que no me quedaban más jarrones de plata, pero que les pagaría después si me daban algo de comer. Pero el ama de casa me interrumpió:

—¡Pero pobre hombre! –exclamó–. ¿No se ha enterado? La huelga se ha terminado esta tarde. Claro que le daré algo de comer.

Y se dispuso a abrir apresuradamente una lata de tocino y a freírlo.

—Déme un poco para comerlo ahora –supliqué; y mientras comía la carne cruda sobre una rebanada de pan, el marido me explicó que habían sido aceptadas las reivindicaciones de la I. L. W. Se habían abierto los telégrafos poco después del mediodía, y las asociaciones patronales se habían rendido en todo el país. Aunque no quedaba ningún patrón en San Francisco, el General Folsom había hablado por ellos. Los trenes y barcos comenzarían a funcionar por la mañana, y lo mismo ocurriría con todo lo demás tan pronto como pudiera restablecerse la red. Y así acabó la huelga general. No

quiero volver a ver nunca otra. Fue peor que una guerra. La huelga general es algo cruel e inmoral. La mente humana debiera ser capaz de organizar la industria de una manera más racional. Harrison continúa siendo mi chofer. Una de las condiciones de la I.L.W. fue que todos sus afiliados fuesen reintegrados a sus anteriores empleos. Brown nunca volvió, pero el resto de los sirvientes continúan conmigo. No tuve el valor de despedirlos. Todos se han afiliado a la I.L.W. La tiranía de las organizaciones obreras se está convirtiendo en algo humanamente insoportable. Hay que hacer algo.

ediciones ips